
Natalio FERNÁNDEZ MARCOS – María Victoria SPOTTORNO DÍAZ-CARO – José Manuel CAÑAS REÍLLO (coords.), *La Biblia griega. Septuaginta*. Nuevo Testamento (Biblioteca de Estudios Bíblicos 129; Sígueme, Salamanca 2020). 492 pp. ISBN: 978-34-301-2066-6. € 39,00

Hace cinco siglos el cardenal Jiménez de Cisneros publicaba la Políglota Complutense, *editio princeps* del NT griego (1514) y de la LXX (1517); siguiendo su pauta, tras concluir la traducción castellana en cuatro volúmenes de “La Biblia griega – Septuaginta” (2013-2018), iniciativa pionera en nuestra lengua, los editores del volumen que presentamos, pertenecientes al Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, han considerado necesario añadir en un quinto volumen el Nuevo Testamento. Hablan de un “complemento obligado” del proyecto inicial (7); y rinden así merecido homenaje a los manuscritos Vaticano, Sinaítico y Alejandrino, esos extraordinarios monumentos eclesiales y culturales que contienen en un solo volumen los escritos de Antiguo y Nuevo Testamento, como testigos de la única historia de salvación.

De acuerdo con ese planteamiento unitario, se ha buscado reflejar en la traducción del NT el colorido del griego bíblico “inaugurado” por los LXX, ya que el vínculo del NT con los LXX “es tan fuerte que no se pueden separar” (7); la tesis fundamental es que “los veintisiete escritos del Nuevo Testamento han sido redactados como complemento y continuación de la Biblia hebrea, y utilizando la Septuaginta como mediación lingüística y clave de interpretación de los textos” (10). Consecuentemente, los tres coordinadores, también traductores (Fernández Marcos: Introducción general al NT, Mc, Lc, Hch, Rm, 1-2 Ts, Hb, Ap; Spottorno *Díaz-Caro*: Jn, 1-2 Co, Flp, Col, St, 1-2 P, 1-3 Jn, Judas; Cañas Reillo: Mt, Ga, Ef, 1-2 Tm, Tt, Flm), han buscado preservar los semitismos del NT que con acierto Fernández Marcos prefiere llamar “septuagintismos”; en efecto, los autores neotestamentarios –fueran o no de origen judío–, como muchos autores helenístico-romanos de la época, imitaban a sus clásicos (12).

Es verdad que la Septuaginta, en su forma antigua o en alguna de las recensiones posteriores, fue la Biblia de los autores del Nuevo Testamento, hasta el punto de que “el Nuevo Testamento no sería igual si la Biblia hebrea no se hubiera traducido al griego” (9); también fue la referencia básica del cristianismo primitivo. Por ello resulta ser una “mediación lingüística y clave de interpretación de los textos” del NT (10); según afirma Mogens Müller en un reciente artículo, de significativo título (“Die Bedeutung der Septuaginta für die Entfaltung neutestamentlicher Theologie”, en M. Meisner et al. [eds.], *Die Septuaginta. Geschichte, Wirkung, Relevanz* [Tübingen 2018] 730-756), “la Septuaginta fue de hecho la primera Biblia de la Iglesia” (17). Esto influye además, no sólo en el texto, sino en el “canon” de libros citados.

La novedad de esta edición, que como las numerosas traducciones actuales del NT se basa en la edición crítica (²⁸Nestle-Aland, 2012), radica pues en su enfoque filológico e histórico y en la perspectiva de continuidad con la Septuaginta; se diferencia así de otras traducciones que “priorizan los destinatarios o los variopintos lectores actuales como horizonte primordial frente a la solera del texto” (15). La versión (según se exponía en el primer volumen) busca conjugar la máxima literalidad con una correcta expresión castellana, “una traducción fiel al texto griego, literal pero inteligible”, siguiendo la fecunda estela marcada por la distinción de Fray Luis de León entre “trasladar” (traducir) y “declarar” (explicar: 12-13); acompañan breves notas lingüísticas, filológicas e históricas. Se busca respetar siempre que sea posible el orden de palabras (un caso representativo: las Bienaventuranzas en Mateo); incluso la grafía de los nombres propios pretende reflejar la literalidad del texto griego (ver *Ourias*, *Ioram*, *Abioud* o *Matthán* en Mt 1,6-16; o *Rakbel* en Mt 2,18). Con acierto, los términos arameos del NT se transcriben como tales, en cursiva (*Amén*, *passim*; *raká* en Mt 5, 22; *gorban* en Mc 7,11; etc.). Nos hallamos pues ante un trabajo filológico impecable, cuya consecuencia primera para la exégesis y la teología radica en la facilidad para relacionar las citas y alusiones del AT en el NT con sus fuentes veterotestamentarias, al emplear –siempre en la medida de lo posible– los mismos términos castellanos; las citas bíblicas aparecen en cursiva, pero los editores dejan en letra redonda las añadiduras o adaptaciones del hagiógrafo del NT (no queda claro, por cierto, por qué en Mt 4,15 “Galilea de las naciones” no está en cursiva). Un ejemplo eminente de la correspondencia del NT con LXX frente al TM es la cita de Is 7,14 en Mt 1,21, donde el término “virgen” transparenta la relación entre fuente y evangelio; es también conocida la importancia específica de los LXX para la exégesis, por ejemplo, de Hebreos. De modo que –citando a Sidney Jellicoe– “quien quiera entender el Nuevo Testamento tiene que conocer la Septuaginta” (16).

Ciertamente, no se puede entender la Septuaginta como fuente textual en un modo exclusivo; algunos pasajes, como Os 11,1 en Mt 2,15, o el más complejo de Is 42,1 en Mt 12,19 (ver *Estudios Bíblicos* 60 [2002] 36-37), no se explican suficientemente por la LXX, y suponen una *Vorlage* cercana al actual TM. Pero este hecho, que nos habla de la variedad textual de la Escritura judía en el s. I d.C., no resta fuerza a la tesis principal de los editores, que con razón reivindican la relevancia de la versión griega en la génesis de los escritos del NT.

Para acabar, triple enhorabuena. A los coordinadores de la edición, por haber culminado con este quinto volumen, verdadero *cumplimiento*, la traducción al español de la entera Biblia griega: prolongan así el centenario surco de los estudios bíblicos hispánicos, herederos en particular del extinto instituto *Arias Montano* del CSIC, institución a la que con esta obra tan dignamente representan. A la casa editorial, que ha acogido y promovido con acierto esta magna empresa. Y al mundo de los estudios bíblicos en habla hispana, que goza desde ahora de un instrumento cuya fecundidad no es difícil augurar.